

Un año de guerra
León Trotsky
4 de agosto de 1915

(Versión al castellano desde “Un an de guerre”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 70-74. Publicado en *Nache Slovo*, 4 de agosto de 1915)

El año transcurrido (trescientos sesenta y cinco días y noches de destrucción mutua e incesante de los pueblos) pasará a la historia como un testimonio estremecedor de las profundidades hasta las que se hunde la barbarie ciega y desvergonzada de la humanidad.

Para estigmatizar los cañones alemanes de mayor diámetro que los de la Entente, los proyectiles alemanes de mayor poder destructivo que los de los aliados, la prensa de estos últimos ha creado una definición particular: “barbarie científica”. ¡Qué magnífico apelativo! Debe aplicarse a la guerra por entero y sus consecuencias, sin distinción de gobiernos y fronteras. Todas las fuerzas técnicas creadas por el hombre para su desarrollo se emplean para destruir los fundamentos de la comunidad cultural y, sobre todo, para aniquilar al ser humano: en eso consiste esta “movilización de la industria” de la que se habla en todas las lenguas de la civilización europea. La barbarie culta se ha armado con todos los logros del genio humano (desde Arquímedes hasta Edison) para borrar de la faz de la tierra todo lo que la humanidad colectiva ha producido, colocando a Arquímedes y Edison en primer plano. Si los alemanes destacan en esta locura sanguinaria, es porque se han organizado sistemáticamente, con más eficacia que sus enemigos mortales.

Para hacer más humillante la caída del hombre, la guerra, que dispone de las riquezas de la tecnología más avanzada (como las alas de la aviación), ha sumido al hombre en las trincheras, en el barro, en un pozo negro donde reinan los parásitos, donde el soldado cubierto de piojos lleva una vida troglodita, mientras los periódicos y los políticos cuentan en varios idiomas que todo esto está al servicio de la cultura.

Habiendo surgido a gatas del oscuro reino animal, la humanidad ha demostrado un espíritu organizador en su lucha contra la naturaleza. Por medio de heroicas convulsiones revolucionarias, ha aplicado su espíritu a la construcción del poder substituyendo la fórmula pasiva de “por la gracia de Dios” por la idea de la soberanía del pueblo y la práctica del gobierno parlamentario. Pero en los fundamentos de su vida social, de su organización económica, el hombre sigue siendo presa de las fuerzas oscuras que siempre amenazan con estallar, acumular contradicciones y lanzarlas a la cabeza de la humanidad con ocasión de las catástrofes mundiales.

Europa, a la que el desarrollo capitalista arrancó de su estado provincial medieval y de su inmovilidad económica, ha creado, a fuerza de guerras y revoluciones, embriones de estados “nacionales”, más o menos grandes y vinculados entre sí por un sistema de alianzas, antagonismos y acuerdos. El desarrollo capitalista, que nunca alcanzó plenamente la unidad nacional, entró en contradicción con los gobiernos que creó y buscó una salida a su posición embarcándose en guerras colonialistas, poniendo en práctica fuera de Europa el principio de la “paz armada”. Este sistema, al que las clases dominantes se han adaptado política, económica y psicológicamente, ha conducido al monstruoso crecimiento del militarismo y ha desencadenado la guerra por la dominación del mundo, la guerra más colosal y vergonzosa que ha conocido la historia.

La guerra ya ha arrastrado a siete potencias y amenaza con arrastrar a una octava. Está arrastrando, una tras otra, a las naciones de segunda categoría (en eso consiste la labor de la diplomacia). La guerra, al ampliar sus bases, conduce automáticamente al debilitamiento, al agotamiento y a la destrucción. Enfrentando a pueblos y razas, sistemas de gobierno, principios religiosos y políticos, la guerra hace evidente que ya no es posible la existencia de gobiernos y naciones sobre la base del imperialismo capitalista.

El sistema de alianzas, tras la guerra franco-prusiana, nació del esfuerzo en asegurar un equilibrio de poder. Este sistema, al convertirse en lo que ahora se llama “la guerra de desgaste”, ya excluía una victoria rápida. La resolución sólo podía alcanzarse mediante el agotamiento gradual de uno de los antagonistas, más o menos iguales en recursos materiales y morales.

En el frente occidental, el decimotercer mes encontró las trincheras en casi el mismo lugar que en el segundo mes. Se hicieron los mismos avances de decenas de metros (en ambos lados), a costa de miles de cadáveres. En la península de Gallipoli y en el frente austro-italiano, las líneas de trincheras se destacan como las líneas de la desesperación militar. Esta imagen se reproduce a escala provincial en el frente ruso-turco. Sólo en el frente oriental (ruso), gigantescos ejércitos, tras una serie de retiradas y avances, se mueven de nuevo hacia el este a través de la desgarrada Polonia, que cada uno de los antagonistas promete “liberar”.

Este cuadro, nacido del automatismo ciego de las fuerzas capitalistas y de la deshonestidad consciente de las clases dominantes, no nos presenta ningún indicio que permita creer en una victoria decisiva para ninguno de los dos bandos. Si las fuerzas gobernantes de Europa tuvieran tanta buena voluntad histórica como mala, seguirían siendo impotentes para resolver, por las armas, los problemas que causaron la guerra. La situación estratégica europea expresa mecánicamente el estancamiento histórico en el que se encuentra el mundo capitalista.

Si los partidos socialistas, impotentes para prever la guerra y pedir cuentas a los dirigentes, hubieran declinado toda responsabilidad y advertido a los pueblos, habrían tenido que adoptar una posición de espera (en el sentido revolucionario) previendo el inevitable giro de las masas, ¡entonces la autoridad del socialismo habría crecido! Las masas, aplastadas por su dolor y sus privaciones, habrían vuelto sus ojos hacia él como hacia el pastor de los pueblos. ¡Mirad! En el estancamiento militar, los beligerantes se aferran a las pequeñas naciones de Rumanía, Bulgaria y Grecia, como a un “estado de destino” cuyo peso inclinaría la balanza. La [Segunda] Internacional habría aparecido entonces como “enviada por el destino”, ¡y qué eco no habría encontrado su voz en la conciencia de las masas! Este programa liberador, que las secciones dispersas de la [Segunda] Internacional rota se esfuerzan en realizar en el barro ensangrentado, arrastradas por los estados mayores, podría haber sido una poderosa realidad en la ofensiva del proletariado socialista contra las fuerzas de la vieja sociedad.

Pero la historia ha actuado como una madrastra para las clases oprimidas. Los partidos que representan a estas clases contenían los primeros éxitos del proletariado, sus esfuerzos hacia la liberación total, pero también contenían toda la indecisión de estas clases, su falta de confianza en sí mismas, su espíritu de sumisión al poder. Estos partidos se dejaron arrastrar pasivamente a la catástrofe, se encargaron de ocultar la sangrienta realidad con la mentira criminal de una mitología liberadora. La catástrofe, nacida de los antagonismos mundiales, se ha convertido en la catástrofe de la [Segunda] Internacional. El aniversario de la guerra es el aniversario del más espantoso fracaso de los partidos más fuertes del proletariado internacional.

Sin embargo, asistimos a este sangriento aniversario sin perder la moral, sin ningún escepticismo político. Los internacionalistas revolucionarios poseen la inestimable superioridad de examinar la mayor de las catástrofes mundiales desde posiciones de análisis, crítica y predicción revolucionarias. Hemos rechazado las gafas “nacionales”, las distribuidas por los estados mayores, no sólo gratuitamente, sino también con primas. Seguimos viendo las cosas como son y llamando a las cosas por su nombre. Hemos sido testigos de cómo, en el sangriento caleidoscopio de los acontecimientos, las viejas ilusiones han cedido el paso a otras aún más ofensivas para la verdad. ¡Y la verdad socialista es siempre revolucionaria!

El marxismo, nuestro método de orientación en el proceso histórico y el arma de nuestra intervención en ese proceso, ha resistido los golpes de los “75” y de los obuses de “42 centímetros”. Ha soportado el hundimiento de los partidos que, al parecer, se reunían bajo su bandera.

El marxismo no es la fotografía de la conciencia de la clase obrera, suministra las leyes del desarrollo histórico de la clase obrera. En su lucha, la clase obrera puede traicionar al marxismo (en condiciones que el marxismo analiza) pero al traicionarlo, la clase obrera se traiciona a sí misma. Vuelve al marxismo a través del desorden y la desorientación, a través de dramáticas catástrofes. Vuelve a él cuando alcanza formas superiores de autoconocimiento, profundizando en las conclusiones revolucionarias más recientes.

Este es el proceso que venimos observando desde el año pasado. La lógica de la posición de la clase obrera es sacarla del yugo del bloque nacional y (¡un milagro aún mayor!) purifica muchos cerebros socialistas de los humos del posibilismo. ¡Cuán lamentables y despreciables nos parecen los esfuerzos de los partidos oficiales, a pesar de sus aparentes éxitos, en exaltar en sus conferencias el papel de la melinita gubernamental y reforzar la ilusión servil de la “defensa de la patria”, al no abandonar la senda del imperialismo!

El estancamiento de la situación militar, la avaricia parasitaria de los dirigentes de las camarillas capitalistas, el crecimiento de la reacción, el envilecimiento de las masas populares y, como consecuencia de todos estos resultados, la lenta pero irreductible desintoxicación de la clase obrera, ésta es la realidad de un desarrollo futuro que ninguna fuerza del mundo podrá frenar.

En el seno de todos los partidos de la [Segunda] Internacional se inicia un proceso que hasta ahora se dirigía contra el militarismo y la ideología chovinista, un proceso que salva el honor del socialismo y muestra a los pueblos el único camino posible de salvación bajo la consigna “hasta el final”, fórmula que hasta ahora tenía que llevar al callejón sin salida de la “barbarie científica”.

¡Servir a este proceso es el problema supremo en nuestro sangriento y deshonorado planeta!

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es